

"Alemania en otoño" SEIS DIRECTORES DENUNCIAN

DIEGO GALAN

El año pasado se presentaba en el Festival de Berlín una película polémica e incómoda para la República Federal Alemana. Seis directores se habían unido para realizar un estudio (y más aún, una reflexión comprometida) sobre las condiciones del terrorismo en su país, sobre sus implicaciones en la vida cotidiana, las razones de los terroristas, los medios puestos por el Gobierno para anularlos, las opiniones de los ciudadanos... Un trabajo que superaba los límites de una película informativa para vincularse, desde una perspectiva progresista, a la temática de más crucial interés en la vida política alemana.

Eran seis directores de muy distinta personalidad y talento, pero coincidentes en un afán de esclarecerse a sí mismos ante la violencia por razones políticas y tratar al tiempo de sacudir a un pueblo refugiado cómodamente en la consideración del orden como principal justificación de su antiterrorismo. Porque, ¿cuál era ese orden? En definitiva, el organizado por los viejos militantes nazis refugiados ahora en una definición socialdemócrata, el estipulado por las potencias que dividieron un país como símbolo de una guerra que se consideraba "fría", pero que continuaba haciendo sus víctimas, el de unos continuos Gobiernos de derecha que aceptan sólo al final de su reconstrucción la figura pacífica de un inoperante Willy Brandt... Pero el mundo continuaba vivo y las nuevas generaciones que no habían vivido la guerra tienen un nuevo concepto de la izquierda. La guerra del Vietnam y el mayo francés son factores decisivos en la configuración de una postura revolucionaria que sólo encuentra en la violencia una forma de lucha contra el inamovible poder establecido. Surge la RAF (Fracción del Ejército Rojo), frente a la que se moviliza popularmente una sacralizada defensa de la democracia (una democracia que no reconoce partidos fundamentales y que sueña de alguna forma con el regreso de políticos todopoderosos y autoritarios, aunque "bueno, amable y generoso..."). Se suceden los atentados y los

procesos, las mal disimuladas leyes de excepción, las campañas de prensa y los conflictos internos de la clandestinidad. Las figuras míticas de la llamada banda de Baader-Meinhof se convierten en el símbolo de esa lucha. Frente a ella comienza a definirse cada individuo. Frente a ella se pone en marcha todo el aparato represor del Estado, que interpreta a su conveniencia el articulado de la Constitución.

Detenidos los máximos responsables de la RAF (alguno de ellos, como Ulrike Meinhof, aparece extrañamente "suicidado" en su celda, siendo este el principio de otros futuros "suicidios", tan misteriosos e incomprensibles que la Policía no puede justificar con suficiente verosimilitud). ante esas detenciones, dos nuevos atentados ocupan la máxima atención de la opinión pública: el secuestro del antiguo nazi Hans Martin Schleyer, pre-

sidente de las dos confederaciones patronales de la República, y el secuestro del avión de Luftansa Palma de Mallorca-Francfort, con 91 rehenes a bordo, de los que muchos acaban heridos, y muertos algunos miembros de su tripulación. Es al día siguiente de conocerse esta última noticia cuando se "suicidan" en sus supervigiladas celdas Andreas Baader, Jan Carl Raspe y Gudrun Ensslin. Un día después aparece el cadáver de Schleyer: un gran entierro oficial, seguido de un ágape, se contrarresta con el discreto y casi clandestino entierro de los tres terroristas "suicidados", que ocupan un trozo de tierra en el cementerio de Stuttgart, ciudad cuyo alcalde es el hijo del legendario Rommel.

Con estos últimos datos comienza "Alemania en otoño". Mientras el entierro de Schleyer abre las primeras imágenes oyéndose en "off" el texto de la

carta que el secuestrado enviara a sus hijos, es el entierro de los terroristas controlado por un ingente número de policías el que cierra definitivamente las dos horas de proyección de la película. En ellas, Fassbinder ha intentado esbozar un retrato del terror cotidiano producido por las Fuerzas del Orden como disculpa del control terrorista y las contradicciones fundamentales de quienes, considerándose demócratas (como su propia madre), son capaces de preferir el ángel autoritario que devuelva Alemania a los no muy lejanos tiempos nazis. Una contradicción que explica lúcida y a continuación Horst Mahler, antiguo abogado de la APO (oposición extraparlamentaria), desde la celda en que su condena de catorce años: los movimientos de revuelta no contaron con el apoyo popular, se desvincularon de la concienciación de un



El episodio de Schlöndorff se presenta como una ironía de la estupidez de los gobernantes alemanes, pero encierra al tiempo una meditación sobre las acciones terroristas, basándose en la "Antígona", de Sófocles.

pueblo que no supo reaccionar a tiempo. La entrevista rodada por Alf Brustellin y Bernhard Singel ("La guerra de las tres muchachas") es uno de los mejores episodios de la película: clarifica cuanto a partir de entonces va a contemplarse: la estrecha mentalidad de un policía de aduanas, soñador de una simple mejora de su trabajo (episodio rodado por Edgar Reitz), la desconianza de unos seres hacia otros, como la de la pobre chica que es rescatada por una desconocida de la paliza que le propina su amante (episodio filmado por Katja Rupé y Hans Peter Cloos), o el morbo y la inquietud ante cualquier ser desconocido... La base está, sin embargo, en la propia historia de un pueblo que ha soportado o colaborado en la implantación de un imperio del terror. No podía ser más que Alexander Kluge ("Una muchacha sin historia") quien diera pie a esa reconsideración histórica con documentos que recuerdan el "suicidio" de Rommel y, años atrás, la condena a Rosa Luxemburgo, quien profetizaba que Alemania no podía elegir más que entre el socialismo o la barbarie.

Otros episodios, con mayor o menor fortuna, van intercalándose en la película. Henrich Böll es el autor del guión dirigido por Völker Schlöndorff (autor anteriormente de "El joven Torless", "La repentina riqueza de los pobres de Korbach", "Fuego de paja", "El honor perdido de Katherina Blum" o "Tiro de gracia"). El episodio de Schlöndorff se presenta como una ironía de la estupidez de los gobernantes alemanes, pero encierra al tiempo una meditación sobre las acciones terroristas basándose en la "Antígona" de Sófocles: la postura de la heroína de aquella tragedia contradecía también las leyes de Creonte, pero imprimía el principio de una lucha necesaria: enterraba a su hermano muerto en las mismas condiciones en que Creonte organizaba las exequias de Eteocles.

Diferencia que se arrastra a nuestros días, con ese silencioso homenaje de los asistentes al entierro de Baader, Rasper y Ensslin, final de la película.

Si "Alemania en otoño" es una obra irregular y a la que posiblemente sobran algunos de sus episodios, no es menos cierto que se trata del primer documento solidario de un grupo de cineastas dispuestos a participar activamente en los problemas más acuciantes de su país. De un país que se adivina en la película complejo, inquietante e injusto. ■

GOTAS NADA MÁS

VISITO a un queridísimo amigo, gran crítico y profesor, de vuelta una vez más en España, y apenas si iniciamos la pregunta acerca de nuestro respectivo estado de salud cuando salta la preocupación fundamental en la penumbra íntima, acolchada, de su despacho: —¿Qué me cuenta usted de la política? —dice mi anfitrión.

Yo llevaba en la cabeza la idea de preguntarle por sus hijos, a los que me une una vieja amistad, y por su nieta, que ha quedado, asimismo, en Estados Unidos; y él, como cogido en falta por mi balbuceante cortesía, se ha creído en la obligación de indagar, presurosa y vergonzosamente, por la salud de mi anciana madre y por el quebrantado estado de mi primo Ataúlfo, a quien el crítico conoce y estima sobre manera por su estimulante y laureada composición intitulada "Oda a Lucho Gatica". Pero es evidente que en los nidos de antaño ya no hay pájaros hogaño, y que atrás quedaron los dulces días en que hablábamos de novelas hasta que mudábamos la piel de la lengua. Ahora es la política, ingerida como tequila, la que acapara nuestra atención: la sal de la anécdota, para empezar; el análisis de la actualidad, como un trago seco y duro, y el resultado destilando jugo ácido, como de limón, entre dientes y epitelios. Y así, de mostrador en mostrador, todos los santos días: en la oficina, en el bar, en las casas, en pleno concierto. Cuánta autocompasión y qué cruz, Señor.

—Un lío —le digo a mi amigo—. Un endemoniado lío, la política.

No es un comienzo brillante, pero tampoco es un mal comienzo.

—¿Pues qué me dice usted de Felipe, retratado con toda la desvergüenza del mundo junto a la cabeza de Pablo Iglesias, en esos carteles que hay pegados por todo Madrid? ¿Es que se cree el mozo otro Pablo Iglesias?

Como no conozco ni siquiera de lejos las intenciones de González, que tanto han irritado a mi amigo y que, según él, tanto han de escocer a las bases del PSOE, hablamos hasta caernos muertos de las próximas elecciones, de las razones que sostiene a Rodolfo Martín-Romero Robledo en la poltrona ministerial, de las multinacionales y del reducido y alto grupo (no los Garrigues) que gestiona sus intereses en nuestra vida política. Una conversación la mar de entretenida para dejar pasar la lluviosa tarde de domingo. Y la charla recae, como no podía ser menos, en el golpe de Estado, la obsesión nacional de nuestros días.

—¡Pero sí ya lo han dado! —exclama mi amigo—. De manera más inteligente y encubierta que en el pasado, pero ya lo han dado. Por otra parte, como usted sabe, he pasado tres meses fuera de España, llevo en Madrid algo más de una semana, y puedo asegurarle que el miedo de los ciudadanos es tan general y profundo que, si la derecha tuviera unos líderes medianamente inteligentes, se llevaba de calle las elecciones.

También me lo dijeron el otro día y sentí lío. Claro que los fulanos de la tertulia son unos rojazos de muchísimo cuidado; unos tipos pesimistas y sombríos, como oficinistas de Benediti, recién salidos del ghetto de la clandestinidad a la luz de la democracia y de la libertad, con

una clara tendencia a volver, como los topos, a la seguridad de sus viejas y oscuras galerías. Por lo menos, eso parecen desear ellos. Es lo cierto que, por razones históricas de todos conocidas, el miedo es un sentimiento profundamente arraigado en nuestro país, que ahora en estos días con particular relieve como resultado de una amplio movimiento que parece esencial clarificar. El despliegue de la Fuerza Pública no es sólo un medio de asegurar el orden en nuestras ciudades, sino también —y deo mis palabras en el estricto terreno de las hipótesis— la táctica empleada para crear un clima de inseguridad que empuje los votos en la dirección conveniente. Por si los muertos ocasionados por el terrorismo no fueran suficientes para espantar cualquier sensibilidad, se llevan a los noticieros de la radio y la televisión los delitos que hasta ahora llamábamos comunes como si de catástrofes nacionales se tratara; las huelgas, explicables en razón de la época del año en que nos hallamos y de la intransigencia de la gran patronal, que se recuperará no obstante vía inflación de las alzas salariales, a la

EL MIEDO DE NUESTRAS VIDAS

ANTON AMARGO

vez que cumple con obstinación los objetivos desestabilizadores que persigue, son contadas morosamente por los locutores para que, lo que es el coste social de un sistema, suene a espantosos desorden que concluya ofuscando las mentes y envenenando los corazones. Bolero. Cualquiera de nosotros puede tener la bonita experiencia de pasear por el barrio y, de repente, verse envuelto en un caos delirante de luces y sirenas, mientras miembros de la Policía se lanzan metralleta en mano de coches en marcha y adoptan posiciones de combate al otro lado de la calle. No pregunten ustedes qué ocurre, ni siquiera a los protagonistas de tan singulares hechos, porque nadie sabrá, en realidad, qué razón aconseja semejante esfuerzo bélico. Nadie lo sabe. Pero todo el mundo piensa que, cuando la Policía lo hace, es que el asunto está completamente podrido. Y, en efecto, lo está. Pero no en la dirección que el ciudadano imagina. Sin ignorar otras amenazas, a España la están pudriendo aquellos que saben que cualquier avance de la libertad supone un ataque real y cierto a sus intereses. Y están dispuestos a impedirlo. Por eso, día a día, se está dando el golpe de Estado. Y llega un momento en que el ciudadano tiene miedo, muchísimo miedo, y daría su voto al diablo con tal de que le librarán de esa pasión innoble y de esta angustia sin riberas. Es el momento en que "La Bestia" surge, a sangre y fuego, de las sentinas de la condición humana. ¿Qué decir del escritor, tío? No menos acobardado, y quizá más, que sus compatriotas, estupefacto ante la perspectiva posible de ahogar a Suárez —Señor, Señor, qué cruz—, medita en silencio frente a las cuartillas en blanco, pone sus dedos en la máquina de escribir y comienza a ejercitarse en la vieja pesadilla de la escritura entre líneas, en la metáfora y en la metonimia, mientras una capa de polvo cubre definitivamente su viejo corazón. Tango.

—¡Resistid a "La Bestia"! —le gustaría gritar a pleno pulmón—. ¡Echad el miedo de vuestros cuerpos, y sólo así podréis vencerla!

Tendría ganas de decirlo, sí. Pero, ¡caray, cualquiera lo dice! ■